

Los elementos: La Tierra.

Protea

© Protea (2011- todos los derechos reservados)
Para: <http://www.circulodorado.com/>

Dicen los que entienden que los elementos son una de las primeras herramientas que debe dominar un mago. Se olvidan de que los elementos son los primeros interesados en que el mago se deje dominar por ellos.

Los elementos tienen conciencia propia, aunque sea elemental. Es una conciencia elemental por dos razones, porque es suave y serena, simple y sin embargo difícil de entender desde nuestros ojos, y porque es una conciencia de elemento, separada, sin relación con la conciencia de los otros elementos, difusa porque cada elemento quiere ser solo, sin los demás, y se entiende a sí mismo como separado del resto, de la misma manera en que el miembro de una familia puede decir “pero yo estoy solo, no tengo nada en común con mi familia”, aunque vivan en la misma casa.

Para entender la conciencia elemental sólo hay que referirse a una de las conciencias más elementales que conocemos, la de la razón pura. Una conciencia espejo de la conciencia del elemento aire. Una conciencia desgajada de cualquier experiencia física o emocional. Una conciencia separada, noble, etérea y ligera. Una conciencia que se cree “el ser humano”. Pienso, luego existo, dijo Descartes, completamente subyugado por el elemento aire, separado de todo, del cuerpo, de las emociones, de las motivaciones, sin darse cuenta de que estaba dejando fuera a tres elementos y a su espíritu. Pero no es de extrañar que el filósofo realizara esta abstracción. Resulta muy fácil la identificación con un sólo elemento, lo hacemos continuamente. Sin embargo una exhaustiva observación de nosotros mismos nos muestra que somos mucho más que un sólo elemento. Cada nuevo paso en la apertura del conocimiento de nosotros mismos nos lleva hacia amplios caminos donde el ego reside en distintos lugares y etapas, en más de un elemento, en la conexión de los cuatro e, incluso, en su relación con la chispa divina oculta tras el telón elemental.

Podemos pensar, como nos dijo el Conde de Gabalis, que los elementos son pequeños seres, gnomos u ondinas, salamandras o hermosos silfos, que pululan en lugares secretos. Ahí afuera, en el campo y en el mar, lejos de la civilización, podemos encontrarlos si nos alejamos de los lugares polucionados, en cascadas de agua o en el interior de las montañas. No niego que se puedan ver y experimentar de este modo. Yo misma lo hice hace años, y gran parte del trabajo mágico consiste en visualizarlos de este modo con el fin de entrar más en contacto con ellos. Pero los elementos no están sólo en esos seres extraños, están en todas partes. Sólo hay que mirarse en un espejo, mirar alrededor. Los elementos somos nosotros y nuestro entorno. Forman parte de todo, no sólo de nuestro aspecto físico, sino de cada uno de los conflictos que tenemos en nuestra existencia. La incapacidad manifiesta del ser humano para dar coherencia a las distintas partes de sí mismo está relacionada con la mala relación que existe entre ellos. Los elementos odian estar mezclados, unidos, en una argamasa donde no se sabe bien dónde empieza el uno y acaba el otro. A esa masa indiferenciada se la llama Vida,

y es el lugar donde los que no se aguantan se tienen que soportar los unos a los otros. Una especie de colegio mayor donde los alumnos se odian con intensidad, pero no tienen más remedio que ocupar el mismo espacio. Y así nos va.

No me lo he inventado, lo decía Empédocles hace miles de años, antes de la invención de la razón cartesiana y las ideas platónicas. Empédocles, el filósofo mago, que fue el primero que mencionó a los elementos.

Parménides, también otro pitagórico, mencionó a la artífice de sus desdichas y de las nuestras, la diosa Afrodita. Los elementos, como los dioses, habitaban en un lugar de seres puros, de infinitud, de no temporalidad, y Afrodita con sus artes los lió, lió a los dioses. No sabemos qué les diría porque el canto de Parménides no lo especifica, aunque, hablando claro, parece que al mover a la serpiente, utilizando el deseo sexual que sólo una diosa puede despertar los encandiló. Los convenció para mezclarse, probar la unión y los esclavizó a una vida mortal y a la oscuridad de la inconsciencia. Al convertirlos en seres vivientes, los mató.

Esto es importante de recordar, porque parafraseando a Kingsley, será mejor que escriba estas cosas antes de que se olviden durante otros dos mil quinientos años.

Una de las tareas más importantes del mago es aproximarnos a los elementos. Y debemos ser conscientes de que estamos tratando con nosotros mismos, seres mezclados en una masa informe donde la divinidad está atada a unos elementales que a su vez están esclavizados en nuestra formación. Y todos nos odiamos. Ellos odian esa mezcla, odian el cambio permanente, dejar de ser una cosa para pasar a otra, y nosotros los odiamos a ellos y a nosotros mismos por habernos hecho olvidar quiénes éramos, y esclavizarnos a la manifestación.

La tierra es uno de esos elementos. Entrar en contacto con la tierra es comprender uno de los misterios más terribles y ocultos de la sabiduría antigua. Porque la tierra es un elemento extraño, el más alejado de nuestra psique, se oculta en nuestro cuerpo, en la parte que tiene forma y tiene apetencias. La tierra es el carro, el vehículo de nuestra acción, y el carro sólo se mueve si está bien formado, bien hecho. Solemos pensar que para trabajar la tierra sólo hace falta ejercer presión, pero no es sólo eso. La presión por sí sola, únicamente genera caos. La tierra, el cuerpo, las partes de nosotros mismos que hacen cosas, ya sea escribir, hacer rituales o correr cinco kilómetros, sólo se mueven si quieren, sólo se mueven si deciden colaborar. Por eso en la tierra se encuentra el punto de mayor inercia, el momento “ballena” donde el mamífero es tan pesado que no puede salir del agua.

Es el cuerpo el origen y final de la mayoría de nuestras desdichas y también de nuestros placeres. Se enferma por miles de razones, hace o deja de hacer cosas a veces sin que medie nuestra voluntad consciente. No se pone a hacer lo que queremos cuando queremos. Tiñe nuestras emociones y pensamientos de tintes sombríos cuando cae enfermo. Y a veces nos sorprende haciendo algo que ya dudábamos ser capaces de hacer algún día, como este artículo.

Existen grandes mitos de la voluntad, que una lectura apresurada identifica con las ideas que tenemos sobre lo que queremos. En el caso del sendero de la mano izquierda llegan a hazañas épicas de una Voluntad con Mayúsculas, capaz de ir en contra del mundo

entero, tirando del cuerpo como de una materia amorfa y sin sentido, una lacra que se opone a nuestros deseos, y sólo mediante el látigo nos ayuda a conseguirlos.

Craso error. Esa férrea voluntad opera solamente mientras el cuerpo está involucrado en ella. Cuando el elemento tierra deja de colaborar, la obra es abandonada en medio de la nada, en algún lugar perdido. Nada queda de lo que se trabajó. Lo hecho se deshace. Las motivaciones se olvidan. El carro queda abandonado en un lado del camino. Hasta el camino desaparece.

La tierra, el cuerpo físico, la materia, que es la parte más densa de la ecuación energética, es precisamente el punto de inflexión en nuestra relación con la realidad. Es el gran misterio que aún nos queda por develar. Un punto ciego precisamente por su supuesta evidencia.

Pensamos que la tierra es el origen de la gravedad. La tierra por sí sola no es capaz de atraer nada, es la fuerza electromagnética fuerte, que reside entre las partículas de los átomos, la que genera esa potencia tremenda que mantiene visible y tangible a la manifestación de la energía. Y para hacer eso la tierra tiene que convertirse en una cárcel del fuego.

Por eso los signos de tierra, particularmente el signo de Capricornio, están tan relacionados con la melancolía. El humor de la tierra era la bilis negra, que en la medicina tradicional generaba un temperamento melancólico, solitario, reservado, secreto. No es de extrañar cuando su función es la de atrapar al espíritu para que en su prisión cree mundos.

La matriz, el útero no es más que una estructura de tierra donde crece una semilla de fuego en un alimento de agua.

La tierra es la cárcel del fuego, la manifestación visible es la cárcel del espíritu. Pero es también la matriz que lo permite crecer, salir de sus límites, liberarse para llegar a ser otra cosa, algo más grande, más fuerte, eterno en su cambio continuo.

En Grecia los pitagóricos descendían a las faldas del volcán, y descubrían que en el interior de la tierra se hallaba el fuego secreto. Ahí esperaba Perséfone, la diosa de la sabiduría, la cara oculta de Afrodita quien, por el contrario, era la gran mentirosa, la mayor embaucadora. Allí estaba la granada, una estructura terrestre llena de semillas de fuego rodeadas de agua. Y el aire sólo tiene que esparcirlas.

Imaginar la tierra sin los demás elementos es difícil, pero no imposible. A menudo hablamos de la tierra como de la tierra fértil, pero eso es la tierra mezclada con el agua. Hablamos de la tierra como centro de gravedad, pero eso es la tierra atrapando al fuego. Hablamos de las dunas del desierto, pero eso es la tierra movida por el aire que le da forma. La tierra, sola, pura, en sí, es la masa, es el bulto, es lo que ocupa espacio, lo que

se amontona, lo que no tiene orden ni concierto, y al mismo tiempo, cuando se mezcla, es capaz de poner orden en el caos, la que organiza a los demás elementos, la que les da cobijo, la que les impide volar y desaparecer. Por sí sola, la tierra es entropía infinita. Junto a los otros tres, la tierra es la forma, la estructura, el sostén, la generadora de órdenes cada vez más complejos. Es la copa que sostiene al agua. Es el acero de la navaja afilada, es la madera del bastón que sostiene. Es el disco donde podemos pintar los más hermosos dibujos, el papel donde escribimos los más excelsos sonetos. Cuando una maga inicia el trabajo con los elementos puede pensar que va a aprender a manejar instrumentos de magia, al igual que un músico aprende a tocar la flauta o el tambor, y cuando aprenda a tocarlos correctamente, el mundo entero estará a sus pies.

Cuando una maga continúa ese trabajo y profundiza en él, se da cuenta que lo que está en juego es la paz de su propio espíritu. Que su trabajo no consiste en que los elementos la obedezcan, sino en evitar que las disensiones de los elementos la esclavicen. La tierra es el lugar de los enormes tesoros bajo tierra, el elemento de los gnomos que cavan en busca de hermosas piedras preciosas que nunca podrán disfrutar porque no les sirven de mucho. El vicio es la avaricia. Acumular y acumular sin ningún sentido, todo para mí, ya sea peso, cuerpo, riquezas, títulos, honores. Acumular lo que aparezca, todo mío, estructurado, ordenado, encerrado para mi propio solaz. Casas, tierras, terrenos, oro, etc. Hay magos que consideran que conseguir dominar el elemento tierra consiste en la capacidad de, precisamente, conseguir todo lo que se te antoje, acumular grandes riquezas y oro y joyas. No comprenden que ésa es, precisamente, la esclavitud de la tierra. Un vicio que proviene de su función junto a los otros elementos, como cárcel de los demás, como organizadora y formadora.

La tarea, pues, consiste en la reconciliación. En darle a la tierra su lugar, como sostenedora, limitadora, formadora, como fuente de acumulación en Tauro para luego disfrutar, usar, dejar. Como fuente de organización en Virgo para luego ir más allá del orden hacia lo desconocido. Como fuente de sostén en Capricornio para ampliar esa estructura, y destruirla cuando se quede caduca y vacía.

Y en no dejarse llevar por la angustia del cuerpo cuando las cosas formadas, organizadas, sostenedoras, dejan de tener su función. Aprender a soltarlas es pues, curiosamente, una tarea de primera orden en el manejo del elemento tierra.

Y paciencia, mucha paciencia. Una cualidad terrestre por excelencia. Porque cuando hablamos de la tierra las cosas llevan su tiempo, y ese tiempo es lo que las va labrando, haciéndolas crecer en la oscuridad de la tierra, dándoles forma en nuestro interior y dejando que, en su momento, surjan los frutos requeridos.

El arte de la tierra es el arte de fructificar, de multiplicar, del trabajo con las manos, de la transformación de la realidad desde la propia realidad. Un noble arte, sin duda. Y a medida que vayamos comprendiendo lo valioso de este arte, aumentaremos el valor de este elemento, y la angustia de la tierra por ser vida irá aminorando hasta desaparecer. Quizá algún día una maga heredera de Empédocles pueda asegurar:

Los elementos se entregan a esa danza de cambio, de unos en otros, con la misma intensidad con que, en su día, se entregaron a la pura vida elemental sin mezcla. Y en su relación, los unos con los otros, se descubren más a sí mismos de lo que nunca soñaron cuando permanecían solos y eternos. Y así, de este modo, cuando vuelva a girar la rueda y los que están mezclados vuelvan a separarse y a ser por sí solos, descubrirán en sí mismos nuevas semillas de seres y espacios que los llevará, una vez más, a buscar juntarse en esa rueda infinita de luz y oscuridad. Y Afrodita y Perséfone serán una, tejiendo y destejiendo la trama de los inmortales dioses. Alabada sea la diosa.

Bibliografía

- Agrippa, Heinrich Cornelius (1509), 'The Occult Philosophy', Book One. Natural Magic. <http://tinyurl.com/2fekyd3>
- Arroyo, Stephen (1975), *Astrology, Psychology and the Four Elements* (Sebastopol, CA: CRCS Publications).
- Kingsley, Peter (2003), *Reality* (3rd edn.; Inverness, California: The Golden Sufi Center) 600.
- Villars, Abbe N. de Montfaucon de (ed.), (1914), *Comte de Gabalis* (The Brothers). <http://tinyurl.com/3aeb13u>